

El alma de la acción social

JOSÉ CARLOS AMBROSIO LÓPEZ

Decía el pintor Joan Miró que cuando iniciaba su trabajo de cada día, ponía en tela de juicio toda su obra, aprestándose a cambiar en redondo su línea creativa si era necesario hacia una dirección mejor.

A mí me parece que siempre es bueno, y tremendamente honesto, poner en tela de juicio las cosas que uno hace, porque podemos creer que por estar en la Iglesia y mantenernos en gracia, ya hacemos todo bien; y a lo mejor vivimos faltando a la justicia o la verdad una y otra vez, sin darnos cuenta.

Más adelante veremos el porqué de estas afirmaciones iniciales.

Y hablando de la preocupación por lo social, creo que tendremos que admitir que, seguramente, detrás de la inmensa mayoría de inmigrantes, refugiados, pobres, marginados... hay verdaderos dramas. A lo largo de centurias, el mundo occidental desarrollado se ha desentendido, e incluso aprovechado, de esos millones de personas que no saben lo que es vivir fuera de la indigencia y que hasta pueden morir de inanición. Y eso es terriblemente injusto en un planeta que se nos dio para que lo habitáramos con humanidad.

Me referiré primero a los inmigrantes y refugiados, y después citaré otros grupos en riesgo de exclusión social.

Inmigrantes y refugiados

Es normal que éstos, sabedores por alguno de los medios hoy en día, de que existe un mundo de opulencia y comodidades, se jueguen hasta la propia vida por llegar aquí y tener la esperanza de lograr algún fruto de esa forma nuestra de vivir que han percibido y con la que ellos sueñan; normal que estén esperando tras las vallas días y días para ver la ocasión de traspasarlas como sea y acoplarse a esta sociedad del bienestar. El resultado de la tensión de tanta gente que se encuentra en la miseria es que el mundo occidental

ya empieza a sufrir las incomodidades de esa especie de avalancha humana incontrolada, que es, en gran medida, resultado de nuestro propio pecado de indiferencia y egoísmo de muchas generaciones.

En principio, podría deducirse que por tal pecado estamos obligados a cumplir una penitencia consistente en acogerlos sin límite. Pero no debemos precipitarnos; podemos sentirnos moralmente obligados a resolver el problema de los pueblos maltratados por las guerras o la pobreza, pero debemos resolverlo, además de con honestidad y generosidad, sin faltar ni un momento a la verdad. Porque para alcanzar el amor –el mandamiento de Dios al que estamos llamados a llegar– es imprescindible pasar por la verdad; no una parte de la verdad, sino la verdad entera, con todos sus aspectos y extensiones. El mismo S. Pablo relaciona estrechamente el amor con la verdad, como dijo a los corintios: “El amor es sufrido, es dulce y bienhechor [...] no se huelga de la injusticia, se complace en la verdad [...]”.

Y verdad es que estas migraciones generan sus problemas. Sí, los inmigrantes y refugiados vienen, se asientan en nuestras ciudades, crean comunidades separadas, en ocasiones guetos peligrosos foco de delincuencia y forman un núcleo de población hostil dentro de la misma ciudad que los acoge. No sólo eso, sino que por proceder de de una sociedad más primitiva y radicalizada, con costumbres y creencias tan distintas, contribuyen decisivamente a una degradación de nuestras tradiciones cristianas consolidadas durante muchos siglos, tradiciones que nos han permitido llegar a nuestra situación de desarrollo y civismo actual.

Las ONG's suelen recibir a cuantos refugiados e inmigrantes llegan, les leen sus derechos, les dan cobijo, les proporcionan alimento, vestido... el país les ofrece una convivencia en paz, posibilidades de promoción, asistencia sanitaria gratis, y libertad de movimientos.

A mí me gustaría saber qué sienten en el fondo de su corazón cuando llegan y se asientan aquí. No sé si valoran y agradecen lo que se les da, o si vienen como tomando posesión de lo que creen que es su verdadera casa porque unos fanáticos les han dicho que “ésta es la tierra de sus abuelos”, y ellos se han creído con derecho a habitarla e imponer sus condiciones. Y yo digo: ¿Qué es eso de que ésta es la tierra de sus abuelos y pueden venir a reclamarla? Si eso funcionara así, tendríamos todos que reclamar las tierras donde estuvimos asentados una vez: los romanos, su pasado imperio; los griegos, los españoles, los ingleses... y no terminarían los conflictos entre todos ni por los siglos de los siglos.

Sabemos que algunos de los que vienen, o muchos, se oponen a que sus hijos o nietos tengan que “aguantar” el crucifijo en la pared de las aulas a las

que gratuitamente asisten, o se canten villancicos y se celebre la Navidad o la Semana Santa. En muchas ocasiones –y en virtud de una caridad mal entendida– les estamos complaciendo, y estas queridas ypreciadas tradiciones nuestras se van evaporando; así, buena parte de nuestros hijos o nietos, desgraciadamente, carece de una formación, o incluso información cristiana básica.

¿Y qué dice de todo esto nuestra Iglesia? Yo no veo que diga nada claro ni nada contundente. Yo oigo que la Iglesia, como muchos de nuestros hombres públicos, habla de la cicatería de Europa, dice que hay que acoger a más gente, pero ¿qué soluciones aporta para afrontar esos problemas de descristianización? ¿Por qué, como Iglesia, no nos ocupamos de los inmigrantes que llegan, no sólo para alimentarles en el terreno material sino también, y sobre todo, en el moral y ético?

Yo no digo que haya que convertirlos necesariamente a nuestra fe –lo que, por otra parte, no sería nada malo para ellos–, ni digo que tengamos que dejar de respetar la fe que tengan si les sirve para el bien –lo cual no siempre ocurre–. Por cierto, sería bueno una forma de control para saber quién viene, porque aquí no tenemos por qué acoger a gente que viene con actitud de destruir. Lo que digo es que les ayudemos a valorar lo que les damos, que la enseñanza y la sanidad gratuitas tienen un coste que pagamos todos y ellos pueden disfrutar, que aprendan a ser agradecidos, que aprendan a respetar, a convivir como ciudadanos responsables y que asuman su parte en la construcción de una sociedad en la que han decidido vivir, y nosotros lo hemos aceptado. Si no les decimos todo eso, muchos seguirán fanatizados, arrastrarán a muchos más, y la convivencia en paz con ellos no será posible. La Iglesia no puede eludir esta tarea formativa porque, entre otras cosas, es bueno para ellos mismos. A mí me parece realmente sorprendente que no hablemos de esto los que formamos parte de la Iglesia. Consecuencia añadida de ese silencio es que actualmente existe una desconfianza mutua entre los que somos de aquí y los que llegan, lo cual propicia una mala convivencia. Ambas partes deben disponernos a poner en marcha la mejor voluntad, la verdad en todo, e implicarse en una tarea que debe ser común. Y la Iglesia, con sus declaraciones y actitud, tiene el deber ineludible de cooperar con ese fin.

El bien común

Tenemos que buscar el bien común, pero el concepto de bien común para la Iglesia no tiene por qué coincidir con el del mundo. Para el mundo, el bien común implica la erradicación de la pobreza, que todos tengamos una economía saneada, que vivamos con comodidad y salud... No digo que esos

fines sean malos, en absoluto digo eso; pero no debemos limitarnos a cubrir necesidades materiales. Es verdad que trabajando por cubrirlas, pueden ponerse en actividad valores como la generosidad y la buena voluntad, que son bienes para el alma, pero hay que tener mucho cuidado, porque también podrían –y no es tan raro– activarse antivalores no tan deseables, como la vanidad de presumir ante otros, el creer que por contribuir mínimamente en alguna labor humanitaria ya somos especiales –y el orgullo se nos pone por las nubes–, el afán de acaparar protagonismo en una iniciativa aplaudida por el mundo... No creo que ésas sean “acciones sociales” que Dios pueda ver con buenos ojos. Desde la fe, la verdadera acción social es el amor, llevar amor al mundo. Y para eso, antes nosotros tenemos que hacer un ejercicio de humildad para saber que tenemos que aprender a amar, amar desde lo más profundo de nuestro corazón. Este mundo se ha secularizado tanto –y muchos de nosotros con él– que no se entiende fácilmente que lo material no es el centro del sentido de la vida. Lo que la Iglesia debe decir, razonar y tratar de convencer –y para eso debemos estar convencidos previamente los que formamos parte de él–, es que lo mejor que le puede pasar a cualquier hombre en esta vida es que aprenda lo que tiene que aprender para poder salvar el alma, y eso se reduce a aprender a amar. Amar es el mandato que Dios nos dejó por medio de su Hijo. Amar, porque ése debe ser el fin supremo de la humanidad, amar porque Dios hizo al hombre por amor y con la sustancia del amor (“[...] lo creó a su imagen y semejanza”), y el hombre-Amor tendría que ser el estado natural del ser humano. Y si en verdad se consiguiera que esta sociedad se moviera –al menos en una cierta medida– por móviles de amor, no sólo se erradicarían los problemas morales o éticos, sino también se erradicaría la pobreza, se acabarían las injusticias, el hambre, las guerras... porque todo eso no cabe cuando hay verdadero amor.

Hace años celebrábamos en Málaga unas Jornadas de Católicos y Vida Pública. Asistió a ellas el P. Benito Gil, fundador de Proyecto Hombre en España, y participó en una mesa redonda. Entre otras cuestiones, se hablaba de la crisis; Los ponentes analizaron los antecedentes, las posibles causas... todo muy bien. Y cuando le tocó el turno a él, fue muy sencillo, pero contundente. Se preguntó a sí mismo: “¿la crisis...?”, y sentenció rotundo: “¡la crisis se soluciona amando!”.

En este mundo, estamos sólo un rato. Ser rico o pobre, aunque tenga sus problemas graves, es una circunstancia accidental, pasajera. El ser humano a lo largo de los tiempos, y por la libertad otorgada por el mismo Dios, ha establecido las condiciones de la vida en este mundo, ha introducido el egoísmo, las injusticias, las guerras, la mentira... Creo que dentro de las cir-

cunstancias que el hombre ha fijado en libertad, cada ser humano que nace lo hace en el lugar, país, familia, etc. que para el crecimiento de su alma es lo mejor, porque en esas circunstancias es donde se espera que trabaje, aprenda y cumpla lo que se espera de él en esta vida. A cada uno se nos dieron unos talentos. El porqué Dios dio a uno treinta, a otro diez y a otro uno, sólo Él lo sabe y no puede haber duda de que Dios siempre actúa con justicia y caridad. Todos tenemos los recursos suficientes para sacar ganancia de ellos, trabajando eficazmente en las condiciones en que hemos nacido y nos hemos educado. Y nadie tiene circunstancias adversas que no pueda superar.

La Iglesia tiene que hacerse de un espacio en la sociedad –aunque sea criticada o vejada– para explicar estas cosas de forma que el mundo las entienda. Porque este mundo necesita ansiosamente a Dios aunque no lo sepa, necesita imperiosamente una razón para vivir, y es preciso que la Iglesia (todos nosotros) luchemos por que se ponga en actividad en el mundo una dimensión espiritual que todo ser humano tiene y hoy sufre de apagón general. Nosotros, como Iglesia, no podemos difundir un mensaje que sea ambiguo o gris. Y probablemente lo estamos haciendo.

Como decía al principio, tenemos que entrar en la humildad y poner en tela de juicio lo que hacemos y preguntarnos, con sinceridad de corazón, si estamos obrando de acuerdo a la fe que decimos profesar en este tema de la acción social.

Aunque nos preocupemos de cubrir como primera medida las necesidades materiales básicas de quienes son objeto de atención social, al mismo tiempo tenemos que ocuparnos de que no se pierdan en las veleidades mundanas de la exigencia de derechos, elusión de obligaciones, amoralidad, falta de respeto, etc.

Pobres, marginados

Algo parecido podría decirse de los pobres, de los marginados sin hogar, los desahuciados de la sociedad. Hay que ocuparse de ellos, proporcionarles, o enseñarles a que se proporcionen ellos mismos, el sustento y un lugar donde alojarse. Pero ellos tienen que aportar algo. Tienen que aprender a vivir con dignidad sin tener que recurrir al pillaje o a la delincuencia. Seguramente a la mayoría no se le pueda exigir la responsabilidad de alguien que tiene ya recursos sobrados, pero deben contribuir al desenvolvimiento de la sociedad de la cual se benefician; hay muchas tareas que podrían hacer, por ejemplo: llevar a cabo una labor de voluntariado, trabajos de transporte, ayuda a enfermos, etc. No puede exigírsele a un niño la responsabilidad de un adulto ya

formado, pero todos tienen que esforzarse en alguna tarea productiva, porque además de ser bueno para la sociedad, lo es para ellos mismos. No podemos contribuir a que se formen vagos que sólo tengan actitud para exigir y exigir sin hacer nada más. Hay que curarlos de sus males materiales como hizo Jesús cuando curó al paralítico, pero a continuación dijo a éste: “levántate, toma tu camilla y anda”.

Tienen que saber que la camisa o el pantalón que hoy se les da, alguien lo hizo y alguien lo adquirió, posiblemente con esfuerzo; deben saber que la comida que se les proporciona la compró o cocinó alguien; que tiene un coste el lugar donde se alojan, lugar que unos construyeron y pagaron otros; y deben comprender que hay que ser agradecidos, que en la vida hay que poner esfuerzo, que no pueden eximirse de esa responsabilidad y que, por otra parte, esa actitud de diligencia y responsabilidad es lo que nos permitirá aprender y madurar.

También eso tiene que decírselo la Iglesia a ellos mismos.

Trabajadores (desmitificando mitos)

Cabe contemplar entre las personas susceptibles de atención social, a grupos de trabajadores empleados por cuenta ajena cuyo salario puede ser precario o las condiciones de trabajo, difíciles.

Es oportuno que la Iglesia se ocupe también de estas personas, pero en esta tarea asistencial hay que tener en cuenta varias cosas, pues como decía al principio, no podemos soslayar ciertas partes de la verdad que no suelen considerarse.

En primer lugar, habría que decir que los términos empresario - trabajador puede contener connotaciones engañosas. En ciertas instituciones, buena parte de los medios y de la sociedad suelen adjudicar al empresario matices de poderoso, acaudalado, explotador, individuo exento de sentimientos y escrúpulos que mueve hombres como cosas, fichas en tablero de ajedrez. No se puede decir que el empresario tenga buena prensa. Y sin embargo, el empresario es también trabajador porque normalmente, trabaja, y mucho; es el máximo encargado del mantenimiento y buena marcha de la empresa, lo que comporta una fuerte carga de responsabilidad, el empresario proporciona trabajo, contribuye decisivamente a la buena economía del país y a que las familias de sus empleados puedan vivir con dignidad, el empresario arriesga su patrimonio personal; y también hay muchos empresarios que a pesar de preocuparse por su empresa y esforzarse, han ido a la ruina. ¿Y quién se ocupa de ellos?...

Veo que hay concentraciones y protestas cuando se producen accidentes laborales de empleados, marchas multitudinarias pidiendo un salario justo y trabajo decente, pero no veo que las haya cuando un empresario tiene un infarto, un cáncer, crisis de ansiedad, o un accidente en la carretera a causa del trabajo y se marcha al otro mundo. Y tampoco las hay cuando a un empresario dejan de pagarle lo acordado –cosa que a veces hace la misma Administración– o cuando, defendiendo su empresa, no tiene horas libres ni para estar con su familia un rato. ¿Por qué no se dicen estas cosas? Aunque sólo sea para que los empleados conozcan toda la verdad y sean consecuentes, ¿por qué no las decimos? ¿Y por qué no hacemos concentraciones cuando esos accidentes y esa carga laboral les pasa a los empresarios, aunque únicamente sea con el ánimo egoísta de que los trabajadores no se vayan a la calle por cierre de la empresa?

Quisiera referirme un poco de pasada a los sindicatos, porque creo que son mucho más decisivos en la marcha de la sociedad de lo que en principio pudiera suponerse. Habría que empezar diciendo que la secularización de nuestra sociedad en esta etapa de la historia, la escasez de moralidad y de valores, influye en la mayoría de las instituciones, sean políticas, mediáticas, culturales o sociales. Los partidos, los medios de difusión, las entidades financieras, todos se mueven por el interés y por afanes de poder. Y los sindicatos no son una excepción. Yo no creo que los móviles que animan a los jefes sindicales sea fundamentalmente proteger a los trabajadores; más bien creo que su propósito real es el de mantenerse a toda costa en sus privilegiados puestos de poder presentándose como defensores de aquéllos. A alguien que se le quiere de verdad no se le manipula, y muchos sindicalistas han hecho de la manipulación una estrategia.

En la actualidad, hay leyes y recursos que protegen de injusticias a los trabajadores; afortunadamente no es como antaño en que las condiciones de trabajo eran inhumanas. Sin embargo, los dirigentes sindicales, y por extensión, su cúpula, siguen empeñados en presentar como actual una especie de escenario de aquel tiempo ya pasado, y postularse como “salvadores” de unos trabajadores “víctimas” del atropello de “poderosos desalmados” a los que hay que combatir. Y de eso viven: del voto de unas bases que se agarran a ese embaucador mensaje.

La Iglesia no debe dejarse engañar por tales maniobras, la Iglesia debe señalar las manipulaciones aunque sean dichas de forma irreflexiva. La Iglesia ha de señalar las injusticias a que los empresarios someten a sus empleados cuando las hubiere, pero tiene que decir también que los trabajadores deben ser leales con su empresa, decir que todo trabajador, ya sea que de-

sarrolle su tarea en la empresa privada, o sea funcionario, debe ser honesto y diligente, porque en muchos casos no lo son; que en las huelgas no deben caber la violencia ni la coacción a compañeros. Jesús, el Hijo de Dios, Amor perfecto, dijo a los fariseos “hipócritas, raza de víboras”; ¿creemos que estaba exento el amor de esas duras reprensiones? Yo no lo creo; porque amar no es ir siempre dando abrazos por doquier y tratar de quedar bien con todo el mundo. Amar es, también, no pasar de largo cuando no haya que hacerlo, amar es manifestar la verdad con claridad.

No digo con eso que no haya, en ocasiones, excesos de empresarios hacia empleados, pero asimismo los hay de éstos a aquéllos; y ambos hay que señalarlos.

Desde la Iglesia debemos tratar de unir a ambas partes del proceso productivo: empresarios y trabajadores, y para eso, los trabajadores deben conocer las dificultades de sus empresarios –que las tienen abundantes–, así como éstos las de aquéllos. Es misión ineludible de la Iglesia llevar la verdad al mundo, y en este caso, al mundo del trabajo. Si la Iglesia no hace ese trabajo estará contribuyendo, clara y tristemente, a la confusión de quienes no tienen formada una opinión objetiva de las cosas, estará contribuyendo a la manipulación social de astutos o ignorantes dirigentes públicos.

En el sistema de mercado que tenemos, el de libre competencia y libre empresa –el que tiende a imponerse en todo país cuyo objetivo sea prosperar–, las condiciones en que se desarrolla la vida laboral son de continua competencia, búsqueda de métodos mejores, esfuerzo persistente. Ese esfuerzo debe asumirse por todos los componentes de la empresa: desde el empresario y los gestores hasta el menos cualificado de los empleados; porque en un sistema de mercado que es exigente, debe desterrarse la pereza. Con la aportación de todos, la empresa tendrá mayor capacidad de subsistir y ser próspera, lo que comportará un beneficio para todos.

El fin de toda acción social

En estos tiempos en que gran parte de la sociedad “moderna” opina que lo relativo a Dios es propio de mentes infantiles, poco maduras, la Iglesia, como humana que también es, corre el grave riesgo de dejarse llevar por tales sugerencias, y me parece que muchos de nosotros, católicos de siempre, podemos estar quedándonos como adormecidos en la ambigüedad de una fe gris. El porqué no lo sé; no sé si es porque tenemos cierto miedo a mojarnos demasiado, no vaya a ser que vengan los que hacían arder nuestras iglesias, o porque nos hemos apegado a las comodidades de este mundo y vivimos bien en ellas,

o porque nos basta cumplir lo estrictamente indispensable con los mandamientos para salvar el pellejo al final de esta jornada... puede que sea porque no nos gusta que nos miren como a bichos raros o anticuados... o es porque en el fondo vamos buscando la aprobación del mundo porque creemos que así nos congraciamos con él y pensamos que nos va a mirar mejor, o es que hemos arrojado la toalla del deber, que como Iglesia tenemos, de buscar la verdad de las cosas, la verdad desnuda y cruda en todo con todas sus consecuencias, sean de nuestro agrado o no. No lo sé. Quizá sea por un poco de todo eso. Y tampoco sé si es que la Iglesia está esperando mejor ocasión para decir cosas pero, esperando, llevamos mucho tiempo; quizá demasiado, y mientras, muchos hombres viven engañados creyendo estar haciendo el bien.

Observo, y veo que hay algunos –creo que muy pocos–, que actúan aguantando heroicamente el vendaval del mundo y dicen verdades que a uno le gustaría oír de instancias más altas de la Iglesia. No sé hasta qué punto los hombres que formamos parte de ella estamos siendo honestos, no sé si realmente estamos buscando la verdad. Como el mismo Cristo, no debemos tener miedo en señalar la verdad a quienes obren de forma equivocada aunque sean amigos –y justamente por eso– a los que apreciamos o amamos; la verdad dicha en su momento.

La acción social se plasma por medio de actuaciones concretas: cubrir las primeras necesidades materiales, morales, éticas a los que lo necesiten realmente, pero todas estas actuaciones tienen que estar animadas por el verdadero amor –el fin que debe alcanzar toda persona–, el amor divino que inunda al alma para que ésta dirija al ser humano a su verdadero destino: nuestro Padre Dios.

Propuesta

En mi modesta opinión, la Iglesia necesita hacer una profunda reflexión para saber si marcha siguiendo el camino que nos abrió Cristo, o marcha dejándose atraer por la estela del mundo. La Iglesia tiene que guiar al mundo, no tratar de compartir objetivos “democráticamente” con los que no conocen ni quieren conocer a Dios. En este sentido, yo rogaría a la ACdP, como parte que es de la Iglesia, que considerase alguna de las siguientes propuestas de lema para un próximo Congreso:

- La acción espiritual de la Iglesia.
- ACdP: sujeto y objeto de evangelización. Evangelizar desde la humildad (comenzar por nosotros mismos).